

Administración del equilibrio del terror

La esperanza de que se pueda llegar a un desarme general y completo parece enteramente utópica. Los buenos augurios que se hacen para las conversaciones U.R.S.S.-U.S.A., recién comenzadas en Viena, continuando las celebradas en Helsinki en diciembre pasado, hay que entenderlos dentro de su verdadero significado, que es el de una institucionalización del armamento no sólo en el sentido comúnmente aceptado de la palabra desarme, sino también para los posibles progresos de las armas. Se trata de encontrar unas reglas comunes para ese juego. El concepto es muy importante. La idea, hasta hace unos años, era la dominante desde el arranque de la historia: cada nación hacía su esfuerzo de armamento de una manera puramente autónoma y secreta. A cualquier dirigente, militar o político, le hubiese parecido aberrante negociar con el adversario en potencia la cantidad y la calidad de las armas posibles en un conflicto. Ahora se llega a esto y parece un progreso evidente. La comparación posible es la de una partida de cartas. Al sentarse a la mesa, los contrarios están previamente de acuerdo acerca de una serie de condiciones: las cartas que ha de haber en la baraja, el orden y la cuantía de los descartes, el de los envites, el valor convencional de las fichas, la reposición de restos. Lo que los Estados Unidos y la Unión Soviética parecen proponerse ahora en Viena es la fijación de esas reglas para el armamento. Una institucionalización. La tarea es larga y compleja. La conversación de Viena está prevista hasta el mes de junio, pero hay quien prevé que la negociación puede durar hasta cuarenta años. No es mucho tiempo, si se tiene en cuenta que se trata de variar un concepto que viene durando milenios. Tampoco está excluido que, finalmente, la partida termine como terminan algunas veces las de cartas: en riña, en navajazos, en tiros.

Conviene mucho, para el entendimiento de estas negociaciones y para desprender de ellas sus posibilidades positivas, desnudarlas de toda su retórica, hasta donde sea posible. Lo primero que hay que borrar es la palabra «desarme». Es significativo que no figure en el nombre oficial de la negociación: es un síntoma de realismo. Las negociaciones tienen el nombre de «Salt» (siglas de «Strategic arms limitation talks», o conversaciones para la limitación de armas estratégicas). La segunda idea que hay que implantar es la de que la guerra o la paz no dependen del número de armas o de la capacidad de éstas en el mundo. Las guerras no se producen porque haya una plétora de armamentos que utilizar. Desde la explosión

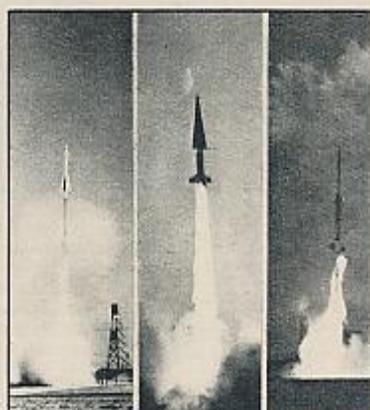
de Hiroshima —hace ahora veinticinco años— se ha sustentado la idea de que las armas tienen una especie de vida propia. Se considera a la bomba atómica con una especie de antropomorfismo que le da capacidad para crear guerras. Se ha especulado, política y literariamente, con la idea de la guerra nacida espontáneamente, por error, por falta de control, por la locura de un presidente, un general o un simple piloto. Presumo que estas especulaciones no son inocentes y que forman parte de un plan, del despliegue general de terror realizado sobre las poblaciones para hacerlas más dóciles y más disciplinadas a los grupos dirigentes. Pero ninguna guerra se ha producido hasta ahora por un malentendido ni por un simple «casus belli». Las guerras tienen orígenes económicos y políticos. Son hombres, grupos de hombres, quienes las deciden. No hay desarme válido si no hay previamente desarme político. Las negociaciones de Viena deben entenderse como una parte del intento de desarme político entre las dos grandes potencias. Las armas son un objeto más que un sujeto.

Se puede llegar así a lo que parece un disparate: considerar las armas como algo ajeno a la guerra. Lo son, en un cierto sentido. De la misma forma que la moneda es relativamente ajena a la economía. La moneda es un símbolo, una señal: una divisa. Un aspecto de las armas desposa esa identidad. En ese aspecto, la negociación de Viena puede revestir, por ejemplo, la técnica de una reunión del Fondo Monetario Internacional. Se negocia, por ejemplo, el valor de un cohete balístico de cabeza nuclear múltiple, en relación con los sistemas de defensa. Un MIRV —vector de cabeza nuclear múltiple— con cinco cargas nucleares puede destruir en el suelo cinco MIRV enemigos, cada uno de ellos con cinco cargas que, de haber sido disparados, podrían a su vez destruir veinticinco MIRV contrarios... Se aplican así índices de valor. Como ocurre que ni los MIRV, ni los ABM, ni los SS-9 soviéticos se han enfrentado hasta ahora, no se conoce su valor real en una situación real, es preciso darles un valor simbólico. En este valor no sólo entra en juego su absoluto —potencia, precisión de tiro, invulnerabilidad—, sino también su relativo —con respecto al arsenal propio, con respecto a las defensas ajenas—. Los arsenales de las dos potencias son cualitativamente muy distintos. La U.R.S.S., por ejemplo, tiene superioridad en cohetes —y dentro de ellos, por un cierto sector especializado—, mientras los Estados Unidos la tienen en submarinos atómicos y superbombarderos. Pero tampoco se especula solamente con el presente, sino también con el futuro. Los Estados Unidos tienen en la actualidad unas 4.200 cabezas atómicas, pero según el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres, hacia 1975 pueden tener unas 11.000. El incremento en la U.R.S.S. puede ser proporcional. Una parte de las conversaciones «Salt»,

«Lo que se trata ahora —en las conversaciones U.R.S.S.-U.S.A. de Viena— es de administrar ese equilibrio del terror, de forma que el equilibrio no sea espontáneo, sino que esté regulado, reglamentado, institucionalizado».



Exhibición U. R. S. S.



Muestrario U. S. A.

EN PUNTO

antes de llegar a la limitación propiamente dicha, consiste en la evaluación de estos arsenales, para buscar una correspondencia de valores, actual y futura.

Acentuando este carácter simbólico de las armas se puede añadir que no son necesarias. Es decir, que no es necesaria la cantidad de armas que acumulan las dos potencias en estos momentos, y menos aún su incremento. Se ha calculado ya (padre McDermott, Informe a la Comisión de Justicia y Paz del Vaticano, estimación del año pasado) que los arsenales atómicos actuales equivalen a quince toneladas de T.N.T. por cada habitante del mundo. Se ve claramente cuál es la inflación de armas. Las armas son el objeto de consumo por excelencia. Se desgastan y hay que reponerlas sin necesidad de usarlas. En otros tiempos, la producción de armas necesitaba guerras para continuar adelante, y se atribuye a los fabricantes de armas la creación de guerras, o su fomento, para fortalecer su industria —probablemente de ahí procede la idea, ya inactual, de que son las armas las que crean las guerras—, pero hoy las armas se consumen en los arsenales velozmente, pasadas de moda por la creación de otras nuevas. Los grupos capitalistas especializados en armas tenderán no ya a la creación de guerras —aunque guerras menores, como la de Vietnam o la de Oriente Medio, pueden serles utilísimas—, sino al progreso técnico y científico del armamento, para que la producción no cese jamás.

En un aspecto, este tipo de rearme es conveniente para los Estados Unidos. Es una concurrencia. Consideran los Estados Unidos que su capacidad económica es superior a la de la U.R.S.S. y, por lo tanto, que obligar a su adversario a entrar en la carrera armamentista de consumo, forzándole continuamente a renovar su arsenal, es destrozar su economía. Y, por lo tanto, su capacidad de acción en el mundo y las dificultades internas en el país. Muchos especialistas de los Estados Unidos consideran, sin embargo, que también en esta carrera se ha llegado ya a un cierto equilibrio. Esto conduce, también, al estudio de la diferencia cualitativa de los dos grandes arsenales. Si la U.R.S.S. tiene 1.200 cabezas nucleares colocadas en proyectiles nucleares, mientras los Estados Unidos sólo tienen 1.054, y en cambio los Estados Unidos tienen 1.328 submarinos y 1.853 bombarderos; mientras la U.R.S.S. sólo tiene 230 y 450, respectivamente, es porque la Unión Soviética ha formado su arsenal con menos despilfarro de gastos, con mayor sentido de la economía, forzada por su menor riqueza. Si la U.R.S.S. ha conseguido una producción más barata, pero igualmente eficaz en caso de guerra, la superioridad económica de Estados Unidos estaría anulada o disminuida. A ello contribuiría también que esta superproducción americana comenzara a pesar con exceso en su presupuesto general.

Puede decirse, en resumen, que lo que se llamó «equilibrio del terror» fue un hecho que se produjo en el mundo en sucesivos pasos, cuando cada una de las dos potencias trabajaba en ello por su cuenta, a partir de la explotación de los cerebros y el material alemán capturado al terminar la guerra y de su propia capacidad científica e industrial: se produjo a saltos, anárquicamente. Lo que se trata ahora es de administrar ese equilibrio del terror, de forma que el equilibrio no sea espontáneo, sino que esté regulado, reglamentado, institucionalizado. Las armas pueden no desaparecer en muchos años, o quizá no desaparezcan jamás, pero las negociaciones «Salt» pueden contribuir a alejar la guerra. Forman parte de un gran contexto de estipulación, como el Tratado de Moscú o el de No Diseminación; forman también cuerpo de las ya muy antiguas negociaciones de desarme en Ginebra, pero también de la tendencia a bloquear, a estipular las bases de otros problemas: Oriente Medio, el Mediterráneo, Indochina, China, Europa Central (Alemania, especialmente) y otras zonas agudas del mundo. Tienen un valor político, en el que los militares actúan como técnicos. Sin descontar que, en cada uno de los dos países negociantes, los militares actúan como grupos de presión, como consecuencia de su estrecha relación con la técnica, la ciencia y la industria de la producción de armas.



Los asesinos del Vietnam MATANZAS EN CAMBOYA

Cientos de cadáveres de vietnamitas ejecutados por los camboyanos flotan en las aguas del río Mekong, dice la agencia Associated Press: la mayor parte de ellos llevan las manos atadas a la espalda. Un oficial de Policía de Neak-Leung —un punto de paso de «ferries» que cruzan el río, a unos cincuenta kilómetros de la capital de Camboya— dice que personalmente ha contado cuatrocientos cuerpos. Un grupo de ocho muertos —entre ellos una mujer— flotaba como una balsa, atados los cuerpos unos a otros. Parece la masacre más gigantesca de vietnamitas producida desde el golpe de Estado. Se tienen noticias de la matanza de 73 en Prassot, se supone que a manos de soldados camboyanos. Otros siete fueron asesinados por los soldados camboyanos en Kampong Trabek. Varios pueblos vietnamitas han sido incendiados. El Gobierno de Saigón ha pedido al de Camboya que autorice la entrada en el país de una comisión investigadora que «visitaría y confortaría a sus compatriotas, les daría información de primera mano sobre la situación en su país y escucharía sus sugerencias prácticas». El alcance probable de esta comisión sería el de conven-

cer a los vietnamitas residentes en Camboya —unos 600.000, de los cuales 200.000 viven en la capital— de que abandonarían sus posiciones contrarias al Gobierno de Saigón y favorables a los guerrilleros, advirtiéndoles que, en caso contrario, las matanzas continuarían. Mientras tanto se prosiguen en el país las crecientes operaciones de guerrillas favorables al príncipe Norodom Sihanuk. Se dice que han tomado la ciudad de Krek. El general Lon Nol ha hecho un urgente pedido de armas a los Estados Unidos, donde el senador Mansfield y la comisión de Asuntos Exteriores del Senado (Fullbright) se oponen, diciendo que supondría una nueva intervención de los Estados Unidos. Norodom Sihanuk, desde Pekín, ha hecho público un mensaje anunciando que renuncia al poder, pero que la lucha en Camboya debe continuar hasta el final, «con el único objetivo de instaurar un régimen socialista popular» que sustituya al «socialismo búdico» que él trató de implantar y que ahora reconoce como fracasado. Anuncia que está dispuesto a incorporarse a las guerrillas hasta «su muerte probable» para instaurar un régimen paralelo «al de los grandes países socialistas».

EL REGRESO DE LOS ASTRONAUTAS

El arte de recuperar los restos

Un viceministro japonés vale por 124 pasajeros de avión —o así lo estimaron los secuestradores del aparato de Air Japan en Corea—, la vida de un embajador alemán en Guatemala se proponía contra la libertad de 24 guerrilleros. Parece que se están estableciendo peligrosos baremos de comparación entre el valor de las vidas humanas. La vida en riesgo de los tres

astronautas americanos del «Apolo XIII», ¿cuántas matanzas han hecho olvidar, cometidas en las mismas horas en que el mundo no podía pensar, machacado por todos los canales de la propaganda, en la aventura de los tres navegantes del espacio? Las modalidades de propaganda que han envuelto esta operación de rescate han conseguido la gran habilidad de convertir